

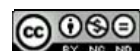
**Hernán Pas, *Sarmiento, redactor y publicista. Con textos recobrados de El progreso (1842-1845) y La Crónica (1849-1850)*.
Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2013, 287 páginas.**

La de los nombres, se sabe, no es por lo general una cuestión que se deje resolver con facilidad. En el terreno que aquí interesa en particular —el de los libros— es esta una verdad en la que muchos entre aquellos que se han visto ante la tarea de otorgar un título a un volumen coincidirían sin duda. Entre otros motivos, esto parece ser así porque luego las páginas del libro deben responder por ese título. Y en algunos casos afortunados, no sólo se obtiene la felicidad de la coherencia entre el interior y la portada, sino que se logra que esa tensión que atraviesa el nombre pase a habitar, como se dice, sin solución de continuidad, el texto.

El libro de Hernán Pas contiene dos trabajos —en realidad, dos partes o dos consecuencias de una misma labor— y lidia abiertamente con un desafío del que dan cuenta las primeras líneas, al mencionar, sin entrar en un innecesario detalle, una verdadera tradición en la que, inevitablemente, todo libro que lleve el nombre de Sarmiento en la tapa y los textos de su pluma y de su prensa en su interior, se verá inscripto: ¿Cómo escribir un libro con el nombre de Sarmiento que no sea *otro libro sobre Sarmiento*, “dedicado exclusivamente a su obra, a sus obsesiones, a sus ideas literarias o políticas”? ¿Cómo hacer que Sarmiento, su obra, sus obsesiones, sus ideas y acciones literarias o políticas, no terminen ocupando todo el libro, una vez más, y escribir un libro en el que Sarmiento contribuya a explicar una época, un proceso, una modalidad del saber y sus tecnologías, y no que todo ello sea la excusa para explicarlo a él? Estas preguntas asoman al comienzo del texto, no como tales, sino detrás de una enfática advertencia: “Conviene aclararlo desde el inicio: no es este otro libro sobre Sarmiento”, advierte la primera línea, y comienza, sarmientinamente, conjurando esa sombra terrible. Esto para comenzar la primera parte, el ensayo de Hernán Pas acerca de Sarmiento y sobre todo acerca de los dos atributos que lo acompañan en el título, “redactor y publicista” (no periodista, se hará claro de acuerdo al uso de la época, ni escritor que pudiera prescindir de esas otras dos facetas de su quehacer), a la que seguirá una segunda parte correspondiente a la antología de los textos inéditos en libro de los dos periódicos en cuestión. Así, la simetría, si bien probablemente accidental, no deja de ser elocuente. Las últimas palabras del libro, exhumadas por Hernán Pas ahora, impresas por Sarmiento más de siglo y medio antes, cierran la parábola que envuelve el volumen: “¡Lo que es el mal ejemplo!” (286).

Este libro se organiza así en dos secciones: un estudio sobre la prensa decimonónica y la labor de Sarmiento desde y en la construcción de la misma, y una antología de textos de los dos periódicos emprendidos por el sanjuanino en ambos extremos de la década: *El progreso* y *La crónica*. Podría pensarse así que Sarmiento es la excusa para un trabajo de alcance mucho mayor que los límites más o menos precisos de una obra o de un autor, un intento de explorar las condiciones de emergencia de un mercado de las letras en el siglo XIX sudamericano. La mejor opción, sin embargo, para escribir el libro de esta excusa, parece ser Sarmiento, quien con clara conciencia del potencial de la prensa en la formación de esa publicidad trabaja en y desde ella prácticamente de manera constante.

El ensayo de la primera sección consta así de dos partes, una dedicada al estudio de la irrupción de la prensa en el siglo XIX, especialmente en estas regiones del globo, y la otra podría pensarse referida estrictamente a lo que designa el libro en su título y que en esta segunda parte lleva



el de “Las artes pragmáticas del publicista”. La primera parte, que introduce con el ejemplo del folletín la dialéctica tensión que atraviesa la mirada sobre la prensa y las empresas editoriales en general en el largo siglo XIX, que se juega entre su vindicación como “instrumentos de modernización cultural” y el hecho de que “solían cargar con el lastre de lo provisorio, de lo subsidiario y, en ciertos casos, con la condena moral y aún estética” (13). Esa tensión entre la prensa efímera y la literatura duradera que encuentra su asiento en el libro, presente ya en Sarmiento, permite introducir el problema que el libro viene a plantear, como aporte preciso y probablemente no falto de polémica, en su formulación inevitablemente paradójica, de acuerdo con la cual es tan indiscutible el hecho de que “la producción letrada ligada a las efímeras páginas de un periódico lejos estuvo durante todo el siglo XIX de ser considerada *literatura*”, como el de que “la existencia de eso que llamamos *literatura* en el siglo XIX surgió estrechamente vinculada, desde su modo de producción y circulación hasta su forma de regulación o consagración, al desarrollo de la prensa periódica” (16).

De este modo, luego de un repaso riguroso del estado de la cuestión en el terreno que para sí delimita, el ensayo introduce la pregunta por la materialidad del periódico, por el periódico como “artefacto”, explorando los distintos aspectos relativos a las condiciones materiales y económicas, recursos técnicos y estrategias propias de la producción de la prensa en la primera mitad del XIX, dando cuenta también de las lógicas de la firma y el anonimato en estos proyectos, en un contexto en el cual los límites de la publicidad hacen más factible aún la construcción de un estilo y una firma aún sin poner el nombre. Pero también las representaciones del lector juegan aquí un papel importante, ya que a él se apela recordándole el deber cívico, civilizatorio, de sostener la prensa con sus suscripciones. “Lectura y economía, publicidad y civilidad componen las coordenadas de la prensa”, leemos, a propósito de las campañas de suscripción en los periódicos de la época y de las listas de suscriptores publicadas en ellos como modo de otorgarles un rango simbólico, ya que así se participaba “en el programa filantrópico adjudicado a la prensa” (30-31). En la modestia de un lectorado incipiente puede entonces, no obstante, postularse la emergencia de una “nueva plataforma de legibilidad” en lo que se designa como el “primer desarrollo complejo” de la prensa entre mediados de los 1830 y comienzos de la década siguiente, en un proceso complejo en el cual “nuevas técnicas —el folletín— y nuevas tecnologías —la litografía—, alterarían definitivamente los modos tradicionales de lectura” (38). Ese “reordenamiento de los códigos letrados” (44) que puede observarse a partir de entonces, es lo que podrá leerse en el caso preciso y paradigmático de *El progreso*, primer diario de Sarmiento y de Santiago y espacio en el que saldrá a la luz nada menos que el *Facundo*, *La crónica*, y el rival habitual de *El siglo*.

La segunda parte de esta primera sección está ya dedicada a examinar en sus distintos aspectos la labor publicística de Sarmiento, dando cuenta de las circunstancias políticas y económicas de ambos proyectos, de las polémicas, los consensos y los silencios con otros medios y otras firmas, analizando las estrategias empleadas en la escritura y la redacción, y otorgando allí especial atención a las políticas del folletín y la introducción de las litografías como vías de renovación de los códigos de la lectura. Estas estrategias no sólo agregan material a un corpus preexistente, sino que contribuyen sobre todo al ejercicio de su relectura. Dicho de otro modo, las estrategias que emplea Sarmiento en *El progreso* explican cómo el sanjuanino pudo construir un nombre y un público lector para el *Facundo*, es decir, cómo el acontecimiento del clásico sarmientino no encuentra en su génesis solamente los avatares y las opciones de su escritura, sino también, quizás sobre todo, la gestión de una firma, un medio y un público: “durante ese periodo —el tiempo que corre entre noviembre de 1842 y mayo de 1845, en que publica su *Facundo*—, Sarmiento utilizó la prensa no sólo —ni tanto— como tribuna para el despliegue de doctrinas o cuerpos ideológico-políticos precisos (en el viejo sentido de “tribuna de ideas”), sino que también —y sobre todo— usufructuó de ella como herramienta de publicidad de su propia figura, como plataforma de mediación ante el público y como ensayo de escritura personal” (66). Se trata así de una intervención sobre el corpus sarmientino, al dar visibilidad y proponer una lectura de una serie de materiales no editados antes en libro, que contribuye asimismo a la relectura de los textos más canónicos, que excede al mismo tiempo los límites de un trabajo “de autor” para intervenir sobre la comprensión de las características y límites de un objeto tan complejo y a veces elusivo como el de la literatura del siglo XIX sudamericano.

Y en el medio (no en la exactitud geométrica del centro, sino en el punto donde la palabra del estudioso contemporáneo hace lugar a los textos exhumados), un “Colofón” notable, que en el título y

en el texto condensa muchas de las líneas de discusión que atraviesan este volumen: “Ser un autor” es el título de estas páginas, que nombran una obsesión sarmientina —presente por ejemplo en la angustia de su estancia parisina: “Yo quería decir a cada escritor que encontraba ¡jio anco!”, relata en los *Viajes*— y, a partir de la recuperación de la escena de comienzos que Sarmiento narra en *Recuerdos de provincia* sobre la anécdota de la publicación de su primer artículo en la prensa chilena, de manera anónima, establece una serie de hipótesis sugestivas acerca del “régimen de autoría” y la posibilidad de un mercado de las letras en el siglo XIX americano. En ese colofón, que bien pensado es menos el apéndice al estudio introductorio que el centro mismo del libro, Hernán Pas apuesta fuerte, por algo en cuya demostración ha invertido hasta allí un centenar de páginas, y que parece (al menos a este lector) un modo sensato de matizar el desdén habitual que sobre el quehacer literario y publicístico decimonónico en Latinoamérica arroja su extendida imagen de desierto y barbarie: “En este sentido —dice—, si en Sudamérica no existía un mercado social e institucionalmente asentado, en cambio sí existía la posibilidad de ir modelándolo. Existían las imprentas, existían los periódicos, existía, sobre todo, un nuevo régimen de publicidad, surgido con la famosa resolución de las Cortes de Cádiz a favor de la libertad de imprenta” (112).

Las controversias que decantan la noción moderna de autoría, nos dirá, se desarrollan en Europa, y la forma moderna del mercado de las letras, de la prensa periódica y la lectura de masas tiene lugar sobre todo allí, ofreciendo en muchos casos un modelo a seguir a las nóveles repúblicas americanas. Empero, aunque precavido ante posibles exageraciones en su ponderación, Pas pone límites a la visión exclusivamente epigónica de la ciudad americana en este proceso: “A más de receptoras de la cultura de ultramar, Santiago, Montevideo, Río de Janeiro, Buenos Aires, La Paz y otras tantas ciudades de Latinoamérica favorecían con sus prensas el intercambio letrado. La prensa imponía así una lógica de mercado, aun cuando en principio su expresión se redujera a la estricta demanda de apenas 200 suscriptores” (113).

Los doscientos suscriptores que penosamente sostienen el primero de los proyectos sarmientinos aquí recuperados representan un número ínfimo, una forma discreta en alto grado de la publicidad (como *Öffentlichkeit* habermasiana), pero una forma incipiente de la misma al fin, lo cual en el estado de cosas que la época ofrecía, no era poco. Esta, que sería, nos dice, la constatación de Sarmiento en su labor como redactor y publicista en Chile, pone medida a la comprensión de una desmesura: generar una lógica de mercado no quiere decir lo mismo que generar un mercado cultural análogo al existente en las grandes ciudades de Europa o Norteamérica, pero sí señalar que si en este caso la envergadura del mismo, de su asiento y condiciones de posibilidad es en efecto importante, no necesariamente resultará un criterio excluyente. Con 200 suscriptores, entonces, Sarmiento podía instalar una firma, generar un público que la reconociera, “porque es la maldita condición de los diarios que no solo ha de haber quien los escriba, sino también quien los lea, porque uno sin otro no vale” (153), dirá en separata de *El Progreso*.

Así el colofón vuelve sobre la preocupación del comienzo, que puede ser también leída como una estrategia: “De modo que puede decirse que la figura de Sarmiento nos ha servido de excusa para abordar el complejo fenómeno de la producción, edición y circulación de la literatura periódica en una época en que, como tendremos ocasión de observar, esa era la única *forma* que podía adoptar lo que hoy, indulgentemente, designamos como *literatura*” (7), anunciaba en las primeras páginas, y así lo refrendará al final del ensayo: “los periódicos eran plataformas de experimentación pública. Ser un autor significaba, antes que nada, ingresar al sistema de la prensa” (122).

La antología que sigue, cabe destacarlo, no se limita a reunir textos cuyo interés no vaya mucho más allá del propio de su condición de inéditos de una firma célebre. Por el contrario, estos terminan revelándose como aportes al horizonte de lectura de una etapa clave en la producción sarmientina y la literatura decimonónica (es interesante leer, en este sentido, por dar un ejemplo, los nuevos aportes que agrega a la constante disputa sarmientina por el romanticismo en los términos del grito de batalla de Victor Hugo, como liberalismo en literatura). Pas exhuma, como el arqueólogo benjaminiano, los textos sarmientinos no en tanto reliquias que completan un *opus* difícilmente comprensible en esos términos, sino que dispone las piezas en su *medio*, es decir, en el entorno material de su producción y recepción. Y en ese sentido debe destacarse también la inclusión de los textos de *El Siglo* que debaten con las publicaciones sarmientinas, dando forma a un mapa de las

polémicas y programas llevadas adelante por el autor del *Facundo* que nos permite leer también a sus interlocutores.

Se trata, entonces, de un libro sobre Sarmiento que logra ser más que sólo otro libro sobre Sarmiento para ofrecer una doble contribución a la historia de la literatura (sí, de la literatura) de esta parte del mundo, pensando sus condiciones de posibilidad (o emergencia) a mediados del siglo XIX, incorporando materiales preciosos al archivo accesible de los textos sarmientinos y proporcionando también una clave de lectura para los mismos en su materialidad y locación histórica y geográfica.

Juan Antonio Ennis